

con potencias con las cuales hubiera sido preciso combatir por tierra, y, en los casos en que sus intereses lo exigieran, sabía suscitar campeones que se batían por ella. Hija del mar y después su dominadora, Venecia confundía su historia con la de las lagunas y del golfo que le rodeaban. Los insulares, primero pescadores y salineros, después comerciantes para la expedición de sus productos, constructores de barcos, gracias á la excelencia y á la cantidad de los bosques que encontraban sobre la costa de Dalmacia, habían conquistado gradualmente la hegemonía de los cambios en las escalas de Oriente, y, por sus relaciones con gentes de todas razas y de todas religiones, habían llegado á ser grandes conocedores de hombres: la «escuela del mar» hizo la educación de sus diplomáticos tan maravillosamente prudentes¹.

Siendo Venecia la república italiana cuyos marinos dominaban el Adriático y la entrada del mar Jónico, se hallaba por eso mismo en la mejor situación para servir de depósito á las mercancías de Oriente, sea que hubiesen llegado convoyadas por los Arabes, ó que Arabes ó Griegos las hubieran aportado por tierra ó por mar á Constantinopla. También Venecia se deslizó fácilmente hacia la indiferencia religiosa: procedente de musulmanes ó de cristianos, el dinero tenía para ella igual valor. La misma Iglesia ortodoxa griega le parecía equivalente á la Iglesia católica; hasta el siglo XI no se reemplazó para Venecia el señorío oficial del Imperio de Oriente por el del Santo Imperio romano germánico, no menos virtual. La influencia de la Roma oriental fué tan fuerte en Venecia, que la «oligarquía republicana» del Adriático se modeló de diversas maneras sobre la «monarquía despótica» del Bósforo. El griego, lengua del tráfico en Oriente, servía á muchos Venecianos como la lengua sabia por excelencia. En los siglos IX y X, el advenimiento de un emperador ó de un dux daba pretexto para el envío de un representante á Bizancio: casi siempre el enviado era un hijo de dux, y su misión aumentaba sus títulos de sucesión á la magistratura ejercida por su padre. Durante todo el período en que el duxado pareció inclinarse á ser hereditario y en que la asociación de un hijo al poder de su

¹ Friedrich Ratzel, *Das Meer als Quelle der Völkergrösse*, ps. 58, 59.

padre fué muy frecuente, el viaje á Constantinopla creó hasta una especie de derecho de primogenitura al que había sido escogido para efectuarlo¹. Las cosas no cambiaron hasta que los Genoveses, celosos, reemplazaron á Venecia en el favor de los señores de Bizancio, después de la caída del Imperio Latino, á la mitad del siglo XIII.

Durante los siglos de su dominación comercial, Venecia, que poseyó hasta 3,500 barcos tripulados por 36,000 marinos, fué con mucho el



Cl. J. Kuhn, edit.

IGLESIA DE SAN MARCOS, EN VENECIA, CONSTRUÍDA DE 977 Á 1071

centro más considerable de la circulación internacional de los hombres y de las cosas. Después de Génova y de las repúblicas ó municipios privilegiados de la Italia meridional, Venecia no tuvo más concurrentes que las ciudades comerciales de Flandes y de Alemania; y aun los barcos de esas ciudades no servían más que para el cabotaje de las mercancías entre los diversos puertos afiliados á la ansa. Sumergida en el fondo del Adriático como una araña en un rincón de su tela², había

¹ J. Armingaud, *Archives des Missions Scientifiques*, 2.^a serie, t. IV, p. 328.

² Guillaume de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, «Ann. de l'Inst. des Scienc. Soc.», 1900.

tendido su hilo á todas las comarcas del mundo conocido para atraer á sí y para repartir los productos de valor, á los cuales había sabido añadir los objetos de su propia industria, especialmente los terciopelos, los paños de oro y brocados. Venecia hacía dinero de todo; y por sus cuidados se vendían á los cándidos creyentes occidentales multitud de reliquias «auténticas», procedentes de las tumbas de Oriente¹.

Pero si la aristocracia de los mercaderes insulares se sentía orgullosa de sus relaciones con el famoso emperador de Oriente, era por eso mismo más dura con las gentes del menudo pueblo y los habitantes de las ciudades italianas de la tierra firme. No hubo jamás gobierno alguno más severo, más despiadado, más «cerrado»; semejante al acceso de las lagunas era el corazón de su gobierno. A menos de un favor especial, justificado por grandes servicios prestados, ningún extranjero podía ser domiciliado en Venecia sino á condición de casarse con una Veneciana, y un espía le acompañaba á todas partes. El comercio era un monopolio de los señores, y los burgueses no podían traficar sino en condiciones muy onerosas. La mayor parte de las mercancías que llevaban barcos extranjeros eran prohibidas ó confiscadas, y cuando se toleraba su entrada, los importadores habían de pagar un derecho igual á la mitad de su valor. Las ciudades del continente sometidas á la República no podían expedir sus productos sino haciéndolos pasar por la metrópoli, que percibía muy elevados derechos de tránsito. En las colonias, tales como Creta, todas las funciones estaban confiadas á Venecianos notables; asimismo, cuando el gobierno juzgaba oportuno confiar una flotilla al comercio, escogía los capitanes y regulaba los servicios de á bordo de la manera más minuciosa: el ojo de la policía seguía á los navegantes hasta los puertos de Flandes. Por último, como todas las comunidades de mercaderes, como la antigua Cartago, Venecia tenía un celo feroz por el monopolio de las industrias que constituían su riqueza. El obrero emigrado que trabajaba de su oficio en beneficio de otro pueblo, primeramente era invitado á volver; si se negaba, el puñal daba cuenta de él²: así lo decretaba una de las leyes secretas depositadas en la cajita de hierro. Los

¹ Fr. Cosentini, *Grandeur et Décadence de Venise*.

² Daru, *Histoire de Venise*.

asuntos de dinero los tomaban los Venecianos muy en serio; tanto, que en 1369 conservaron como prenda la persona de un emperador de Bizancio, Juan V, quien no recobró la libertad hasta haber recibido de su hijo el importe de su deuda, extraído de los habitantes de Salónica¹. Por un gran instinto de verdad Shakespeare escogió la república de Venecia para dramatizar en ella el hecho terrible de que el interés y el capital, á falta de dinero contante, se pagan con la carne y la sangre del deudor. No es esta una pura ficción: la costumbre feroz estuvo ciertamente en vigor, puesto que una huella de ella aparecía todavía al principio del siglo XIX en una ley de Noruega «que permitía al acreedor llevar á su deudor ante el tribunal y cortar de él lo que le agradase de su cuerpo por arriba ó por abajo»².

Venecia no perdió su rango hasta que las vías del Océano se abrieron ante los Díaz y los Colón; en el día, en su vecindad, existe un puerto con aguas profundas, Trieste, que representa lo que en otro tiempo representaba la ciudad del Lido, esperando que ésta, que no está dispuesta á abdicar, se adapte á las necesidades de la navegación moderna.

Las otras grandes repúblicas marítimas de Italia, Amalfi, Pisa, Génova, debieron también á su feliz posición geográfica la importancia de su tráfico, y, por una consecuencia natural, su potencia política. Pero Pisa sucumbió pronto; la Naturaleza se alió contra ella, puesto que los aluviones del Arno y del Serchio cegaban gradualmente el puerto; al final del siglo XIV los Pisanos fortificaron la villa de Liorna, donde sus barcos podían hallar refugio, pero obraron sin la audacia necesaria y dejaron á otros el cuidado de hacer prosperar la ciudad nueva.

Nótase, á la simple vista del mapa, la posición similar que ocupa Génova, relativamente á Venecia, en el equilibrio comercial de la península Itálica. Una y otra ciudad se han fundado hacia la curva más avanzada de su golfo, de modo que vinieran á ser focos de convergencia para el mayor número posible de vías continentales:

¹ Milenko R. Vesnitch, *Le Droit international dans les Rapports des Slaves méridionaux au moyen âge*, p. 39.

² Guillaume de Greef, *Essai sur la Monnaie, le Crédit et les Banques*, p. 50.

Génova, lo mismo que Venecia, era un lugar de expedición y de repartición designado por un círculo muy extenso. Pero cuando la ciudad liguria estaba desprovista de todo aparato de diques y de rompeolas, se hallaba libremente abierta al mar y recibía las olas y los vientos de alta mar, del mismo modo que estaba expuesta á los ataques de una flota enemiga. Desde el punto de vista mundial, tenía otra desventaja de importancia mayor: comunicaba mucho menos fácilmente por la vertiente septentrional de los Alpes. Los mercaderes genoveses franqueaban primeramente los Apeninos; después, á la parte opuesta de las llanuras lombardas, antes de alcanzar las pendientes que descienden hacia la Germania, penetraban en desfiladeros mucho más elevados y difíciles que los utilizados por Venecia.

El camino más frecuentemente seguido por las bandas germánicas era el del Brenner (1,372 m.). De 144 expediciones emprendidas á través de los Alpes por los soberanos alemanes durante el curso de la historia, 66, cerca de la mitad, escogieron esta vía. Durante los tres siglos que transcurrieron desde 950 á 1250, cuarenta y tres ejércitos descendieron á Italia por el Brenner; pero, al salir de Innsbruck, los invasores del Norte no penetraban en las profundas gargantas donde rugen el torrente por debajo de Sterzing, la antigua Vipitenum, sobre el río Eisack, sino que ascendían al collado de Jaufen (2,100 m.), y bajaban después á Meran, sobre el Adige. El nombre de Jaufen, antiguamente Jauven, recuerda el nombre latino Mons Jovis, y atestigua la frecuentación de ese paso en tiempo de los Romanos. De Trento á Verona, el camino principal no se prolongaba por el Adige, sino que seguía un valle paralelo, situado al Este, el hermoso valle Sugana¹.

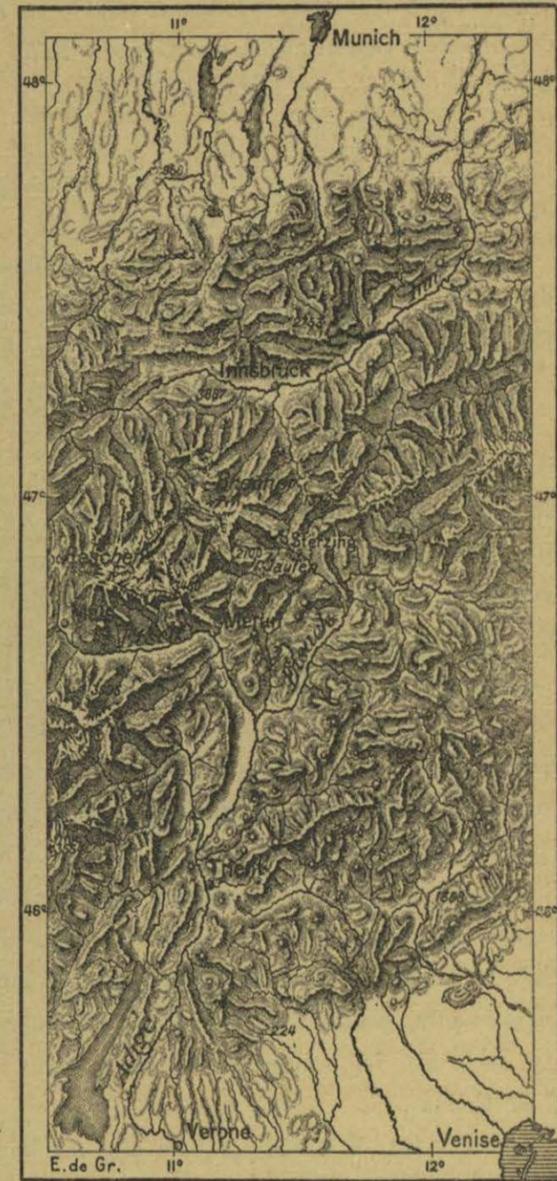
De ese modo los destinos de las dos ciudades se hallaban escritos de antemano durante ese período que había atribuído á las Repúblicas italianas el cargo de mediadoras, entre la India y la Europa occidental. Génova no podía ser todavía el puerto de Alemania como era Venecia y que los subterráneos abiertos á través de los Apeninos han asegurado después al gran puerto de la Ligu-

¹ A. Hedinger, *Handelsstrassen über die Alpen in vor und frühgeschichtlicher Zeit*, «Globus», 15 Septiembre 1900.

ria. Pero, no teniendo más que una pequeña parte en el comercio de la Europa central, Génova había tratado con gran empeño de procurarse otros monopolios. Por numerosos tratados concluídos con las ciudades rivales de la costa de Languedoc y de Provenza, se había asegurado el carácter de intermediaria obligada para los cambios de las regiones francesas con todas las comarcas situa-

das al oriente de su meridiano, especialmente con Sicilia; también había de ser Génova la ciudad de Italia que más se inclinara del lado del Océano, y sabido es que ya al principio del siglo XII (1102-1104) Génova prestó su flota á Enrique de Portugal para su cruzada sobre la costa de Africa¹. Para las escalas de Le-

N.º 323. Vía del Brenner.



1: 2 000 000
0 25 50 100 Kil.

¹ Sophus Ruge, *Topographische Studien zu den portugiesischen Entdeckungen auf den Küsten Afrikas*.

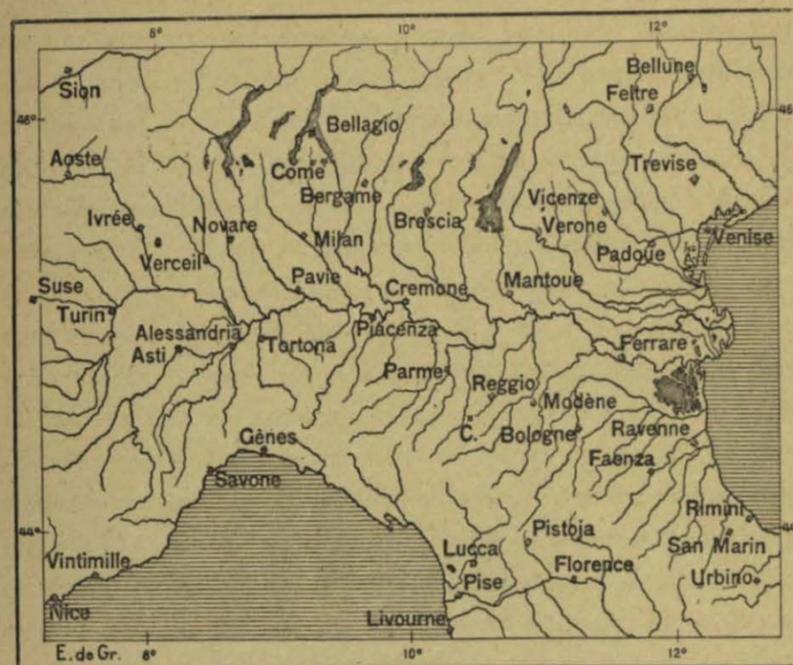
vante, Génova, poco más alejada que Venecia de aquellos lugares de mercado, puesto que una y otra habían de conducir sus flotas por el mar Jónico, trataba de hacerse indispensable á los emperadores de Bizancio, y, por un tratado formal concluído en 1261, le fué concedido el monopolio comercial del mar Negro. Kaffa, la Theodosia de los Milesianos, llegó á ser una segunda Mileto, y fué entonces el principal mercado de Oriente, el punto de enlace de los caminos «genoveses» que penetran á lo lejos hacia las llanuras de Rusia y hasta en Irania por los pasos caucásicos.

En el interior de Italia se habían engrandecido también otras ciudades populosas en la confluencia de los caminos históricos. En Toscana, en las cuencas del Arno y del Serchio, en la rica Lombardía y las comarcas próximas, se constituyeron esas comunidades republicanas, débiles por la extensión de su territorio, pero muy fuertes por la energía de las iniciativas, por el valor y la adhesión de los ciudadanos á su ideal ó á su partido. Fué aquella una maravillosa época á la que la sociedad moderna debe referir directamente sus orígenes, pero que cometió la falta de buscar un modelo más bien en la historia que en su propia experiencia. Como Arnaldo de Brescia, cada ciudad italiana que procuraba desprenderse del poder feudal, miró hacia el pasado de la Roma antigua para buscar en él sus enseñanzas, para instituir cónsules y tribunos encargados de defender la libertad de los ciudadanos contra todo ataque. Este renacimiento de las municipalidades se hizo en dirección del Sud al Norte, siguiendo el camino que la influencia de Roma había seguido mil dcientos ó mil quinientos años antes; al principio del siglo XII, todas las ciudades de la Italia del norte se habían así erigido en otras tantas Romas, pero dando todas al elemento popular una parte más importante que el que le había dado la ciudad de las Siete Colinas.

¡Cuán dura había de ser para esos municipios recientes la ruda defensa de la libertad! Las ciudades de la Lombardía no tenían la ventaja de hallarse bien defendidas como Venecia y Génova, la una por las tierras inundadas de su ribera, la otra por la muralla de los Apeninos; menos favorecidas que las ciudades de Toscana, defendidas todas por cortinas de montañas, de colinas y de bosques, no po-

seían ni siquiera un cerro donde erigir su ciudadela; pero, sentadas en la llanura rasa, no dejaban de vivir á su gusto, y sintiendo engrandecer su fuerza por el trabajo, aprendían á pesar de todo á hacerse respetar; sin embargo, el peligro renacía incesantemente.

N.º 324. Ciudades Lombardas.



1: 4 000 000

0 50 100 200 Kil.

Al sudoeste de Regio, C. indica el emplazamiento del castillo de Canosa. Legnano se halla al noroeste de Milán, á la mitad del camino de la punta meridional del lago Mayor.

Milán, Pavía y Cremona veían cada año bajar de los Alpes las cabalgatas de los bandidos alemanes, terribles enemigos, aliados más peligrosos todavía.

Verdad es que todos esos municipios libres hubieran podido federarse contra los enemigos exteriores y presentarles así un frente inatacable. Bajo la presión de los acontecimientos, se formaron con frecuencia ligas parciales ó generales entre las ciudades lombardas, ¡pero cuántas veces también, á pesar del peligro inminente, permanecieron desunidas, ó hasta se desgarraban entre sí, sacrificando el

porvenir á la satisfacción de sus odios inmediatos! El ciudadano apenas veía más allá de su propia ciudad, y frecuentemente en la ciudad misma no se cuidaba sino de su partido, del grupo de las familias que detentaban ó ambicionaban el poder. De ahí venían disensiones continuas, luchas y venganzas que hacían de las campañas más bellas de Europa un inmenso campo de batalla, y que el furor inmortal del Dante había de perseguir hasta en los círculos del Infierno. Pero todas esas múltiples guerras de las repúblicas italianas, que desplazaban incesantemente su centro de gravedad, no eran sino episodios de la lucha secular que ponía frente á frente el papa y el emperador, la Europa central y el Mediodía. Las rivalidades de familia á familia, de municipio á municipio, se fundaban en la gran rivalidad entre «Güelfos» y «Gibelinos».

Esos nombres famosos, que habían de ser repetidos sobre todo en la rica Italia, punto de cita de todos los bandidos alemanes, se habían originado en los Estados germánicos. «Güelfos», en un principio, fueron los partidarios de la familia Welf, cuyas inmensas posesiones en un solo territorio ó por fracciones, se extendían desde el Báltico al Mediterráneo, y cuyo representante, Enrique el Soberbio, duque de Baviera, había contado en 1138 llegar á ser el sucesor de Lotario en el trono del imperio. «Gibelinos» fueron los que siguieron la fortuna de su rival, el Waiblinger ó señor de Waibling, duque de Suabia, Conrado de Hohenstaufen. Estas dos palabras, nacidas de una sencilla competencia de candidatos al imperio, acabaron por tomar una significación general: se vió en los Güelfos otros tantos enemigos del emperador y amigos del papa, en tanto que los Gibelinos fueron considerados como los adversarios del pontífice de Roma, los partidarios del imperio y de la autoridad laica. Pero en ese remolino formidable de guerras civiles y generales entre sacerdotes, reyes y municipios, los compromisos adquiridos, los tratados y las alianzas no tenían más que el valor de un día y la lucha de los partidos se modificaba incesantemente. ¿No se vió en el origen mismo del conflicto entre Güelfos y Gibelinos hacerse el papa campeón de estos últimos contra su propia causa? Y en cuanto á las repúblicas italianas, que no tenían más cuidado que el de su propia libertad, ¿no estaban siempre al acecho para saber de qué

lado tenían más probabilidad de defensa ó de engrandecimiento? «Los Italianos, dice una memoria de la Edad Media, querían dos señores para no tener realmente ninguno». Política ingeniosa indudablemente, pero inmoral, que se avenía con todas las bajezas, con todas las traiciones, y que había de terminar fatalmente por la doble servidumbre de los ciudadanos al papa y al emperador.

Pero las ciudades tuvieron grandes días. Hasta el más famoso de los Césares alemanes, Federico Barbarroja, el que en la leyenda personifica el imperio germánico y que en la realidad afirmó más enérgicamente el derecho divino de los emperadores, señores á la vez espirituales y temporales, ese caballero siempre armado no fué, sin embargo, bastante fuerte para vencer la resistencia de las ciudades italianas; una primera vez (1155) hubo de pasar ante Milán sin



Biblioteca Nacional.

Gabinete de las Estampas.

BARBARROJA

intentar su asalto; luego, después de haberla al fin tomado y haber hecho el simulacro de restituirla al campo por el laboreo de sus ruinas (1162), sufrió la humillación de verla reconstruir sus edificios y sus murallas, mientras que una plaza fuerte, Alessandria ó Alejandría, así denominada en honor del papa y construída según los procedimientos técnicos más sabios, se elevaba en las llanuras del Piamonte, en el foco estratégico de las principales vías militares. Esos burgueses despreciados aplicaban contra él un arte de guerra superior al suyo. Habiéndose desvanecido su ejército, tuvo que

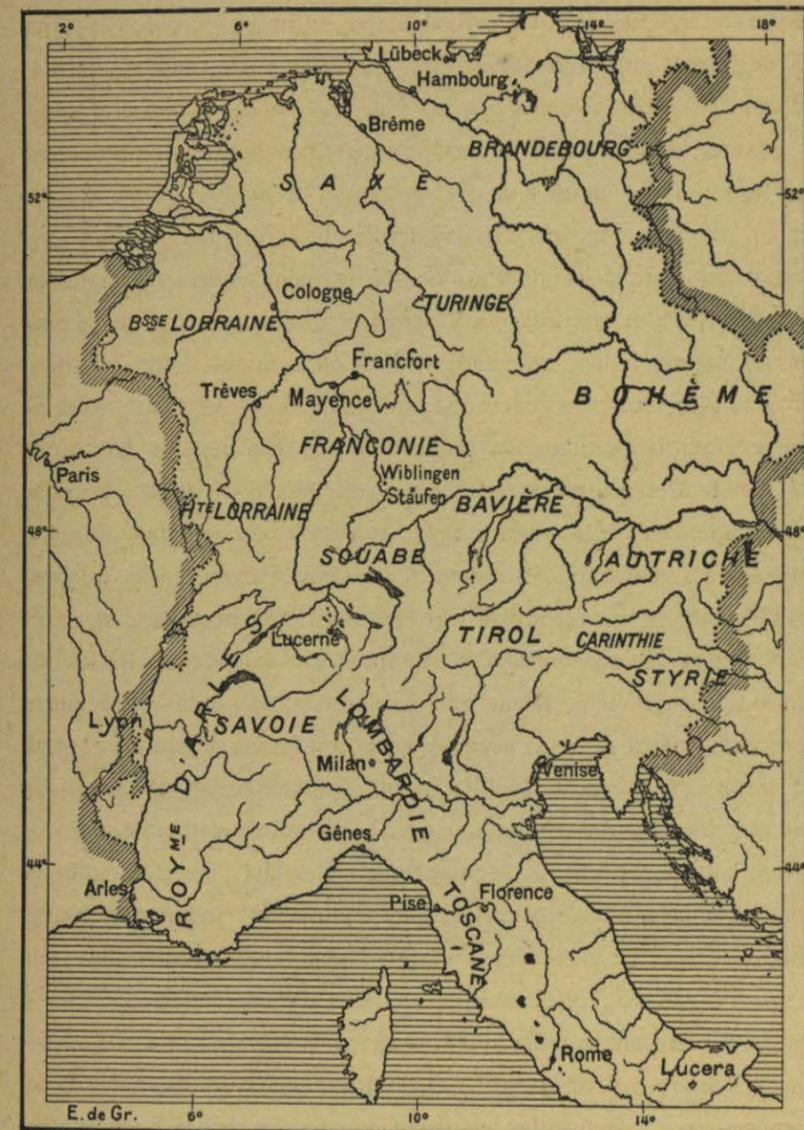
huir disfrazado, corriendo el riesgo de haber sido apresado al paso en los desfiladeros de Suse. Habiendo emprendido nueva campaña, vino á estrellarse contra las tropas de los municipios, agrupados alrededor del gran carro de batalla, del *carroccio* suntuoso donde flotaba el estandarte de los hombres libres, y sufrió en Legnano (1176) una derrota tal, que no volvió ya á tomar el camino de Lombardía, viéndose obligado á firmar la paz, y en la iglesia de San Marcos, en Venecia, á inclinarse ante Alejandro III y besar su pie, veinte años después de haber tenido el estribo á Adriano IV.

Uno de los sucesores de Barbarroja, Federico II, que fué elegido al principio del siglo XIII, renovó la lucha contra las ciudades lombardas, con menos fogosidad, pero con más ciencia, y pudo creerse por un momento en su victoria final, y sucumbió sin embargo. Pero, aunque luchando contra los municipios que trataban de emanciparse por completo de su tutela, no por eso dejaba de ser en gran parte el representante del mundo civilizado de Italia contra la bárbara Alemania; del mismo modo, tomando parte en las cruzadas como si estuviese animado por la fe cristiana, practicaba la tolerancia respecto de sus súbditos mahometanos y se portaba casi como oriental, despojándose de todas sus preocupaciones hereditarias de alemán y de católico. Como consecuencia, tuvo que oír proclamar la cruzada contra él, y la lucha que hubo de sostener contra el papa fué menos la de un competidor que de un hereje. Hasta se le atribuían publicaciones blasfemas contra el culto oficial, contra sus santos, contra sus dioses. Hombre inteligente é instruído, estudiaba sobre el cadáver los órganos del cuerpo humano; prosista y poeta, hablaba y escribía todas las lenguas de su imperio, el árabe y el griego, el italiano y el provenzal, lo mismo que el alemán.

En Sicilia, en la Italia meridional, su política fué la continuación de la que habían debido seguir los condes normandos. Esos conquistadores, débilmente acompañados, eran muy poco numerosos para no haber de tener en cuenta todos los elementos políticos y nacionales que se equilibraban en el país: se mantuvieron en equilibrio, y, como habían hecho los Arabes antes que ellos, respetaron absolutamente la libertad religiosa, con gran escándalo de los cristianos fervientes. En el siglo XII, la Sicilia ofrecía un espectáculo

único, admirable, el de una comarca en que todos los habitantes adoraban al dios que mejor les parecía. La autonomía administrativa

N.º 325. Imperio de Federico II.



1: 10 000 000
0 100 250 500 Kil.

estaba garantida entre los Arabes y los Bereberes, entre los Judíos y los Griegos, tan bien como entre los indígenas sicilianos. Gracias

á la libertad, esos elementos tan diversos, que hubieran podido sostener rudas guerras civiles, no entraban en fermentación de lucha, y el país desarrollaba en paz su industria y sus riquezas: los Griegos introdujeron allí la sericultura; otros extranjeros aportaron sus profesiones y sus oficios. Es probable que la brújula, cualquiera que sea el origen primitivo, local ó de importación extranjera por mediación de los Arabes, llegó á generalizarse en los mares sicilianos: el nombre mismo *bussola* es una palabra siciliana que significa *cajita de madera*. En cuanto á la marca de la flor de lis, grabada todavía en nuestros días sobre el cuadrante de la brújula, no pudo ser puesta más que en el dominio de las Dos Sicilias, gobernado al fin del siglo XIII por príncipes de la casa de Anjou, pero el uso de ese ornamento no indica que el descubrimiento de la aguja imantada no fuera muy anterior. La primera mención de un barco que se dirigiera por la brújula data de 1294: en aquella época el barco *San Nicolás*, de Messina, tenía á bordo dos «calamitas» ó «agujas de mar», con su aparato¹. La leyenda de un supuesto inventor de la brújula, natural de Amalfi, no se funda sobre ningún documento de la época y se explica por una equivocación de comentadores modernos.

Federico II, que vivía como un príncipe oriental en su quinta napolitana de Lucera, de la cual había hecho una industriosa ciudad sarracena, afectaba un género de vida que le haría aparecer como un verdadero monstruo á los ojos de los cristianos fanáticos. Un elefante llevaba su estandarte imperial, símbolo del mundo extranjero á Europa, cuyo representante se declaraba. A pesar de los recursos considerables que le valían sus dominios mediterráneos, se hallaba en condiciones muy difíciles, sobre todo considerando que su imperio estaba geográficamente dividido; su residencia en la Italia meridional se hallaba demasiado fuera del centro natural del imperio para que no se introdujera la desorganización en el conjunto del gran cuerpo: Roma y las ciudades lombardas que el emperador alemán encontraba en su camino se unían frecuentemente á la múltiple muralla de los Alpes para impedir ó retrasar su marcha. El mundo germánico y su dueño oficial se hallaban tan alejados el uno

¹ Ch. de la Roncière, *Un Inventaire de Bord en 1294*. Bibliothèque de l'Ecole des Chartres, 1897.

del otro, que las poblaciones alemanas aprendieron á pasarse sin su gobierno, y las ciudades comerciantes se aprovecharon de ello con gran celo para asegurar sus franquicias y la libertad de sus relaciones recíprocas. Pero era imposible que de rechazo el emperador no

sufriera afrenta ó perjuicio, y en efecto, después de la derrota y la muerte de Federico II (1250), la raza de los Hohenstaufen, condenada en sus representantes á la vida de aventuras, acabó por extinguirse miserablemente, y el papa, victorioso en una lucha que duraba hacia ya doscientos años y queriendo extirpar la herejía que habían tolerado los príncipes alemanes, confió el dominio de las Dos Sicilias al rudo y malo Carlos de Anjou: de ese rey esperaba servicios análogos á los que su tío, el monarca



Gabinete de las Estampas.
TOURNUS — FACHADA DE LA IGLESIA DE SAN FILIBERTO

francés, había prestado con la matanza de los Albigenses.

Las antiguas provincias latinizadas de la Galia meridional, desde Marsella á Tolosa, menos frecuentemente recorridas por los bárbaros que las llanuras del Norte, se habían defendido muy bien contra las brutalidades feudales. Gracias á sus antiguos privilegios urbanos, á su organización municipal apoyada sobre una larga tradición, y con